EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA MEMORIA BENDITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

D. JML

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Augela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltesar, ó el ahijado de todo el mu
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hué
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida
Imperfecciones.
Intrigas de torador.
Ilusiones de la vida
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinel
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cal
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla la
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los inficles.
Los moros del Riff.

UNA MEMORIA BENDITA.

UNA MEMORIA BENDITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE J. M. L.

Representada por primera vez en el Teatro de Lope de Rueda, en Enero de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.....	Doña Gertrudis Castro.
TOMASA.....	Elisa Mendoza y Tenorio.
IGNACIO.....	D. Antonio Vico.
DON FACUNDO.....	Julio Parreño.
ÁNGEL.....	Eduardo Cortés.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RECUERDO AL DIA 9 DE FEBRERO DE 1864.

600495

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unamemoriabendit1362lpez

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al fondo y dos laterales. Encima de un velador, servicio de café para dos personas, y una caja de licores abierta.

ESCENA PRIMERA.

IGNACIO, ANGEL, aparecen sentados al lado del velador tomando café.

IGNACIO. Conque te vendrás conmigo?
Sí, hombre, ¿qué haces aquí?
¿Vas á estar toda la vida
encajonado en Madrid?

ANGEL. Ya veremos; lo primero
es que dobles la cerviz
al santo yugo.

IGNACID Me caso.
Tú lo quieres... á vivir:
hágase tu voluntad.

ANGEL. Ya era tiempo, porque á tí
no hay quien te quite cuarenta
años.

IGNACIO. Los cumplo en abril.
Ya soy viejo; empiezo ya
á tener el pelo gris.
¿Y tú? Baja esa cabeza:
¿Cómo estamos por ahí

de pelo? ¡Gran calva! Mira,
la mia es zapateril.

ANGEL. Cásate, Ignacio.

IGNACIO. Eso hacen
todos al cabo y al fin.
Pero tener mujer propia!...
Chico, es estar en un tris.
La mujer propia! Caramba!
Como hay tanto galopin!...

ANGEL. La que es buena...

IGNACIO. Cuando el hombre
es porfiado y sutil
como yo... tengo yo un tacto
con ellas!... me sé ingerir...
Y eso lo hago yo con todas,
pero sin objeto y sin...
¡Me gusta tanto halagar
la vanidad femenil!

ANGEL. La de Tomasa, ante todo.

IGNACIO. Tomasa es...

ANGEL. Un querubin.

IGNACIO. Sí, me gusta; mas su padre...
Chico, tener que sufrir
á mi suegro!..

ANGEL. Que es un tipo...
«¿Usted me comprende?»

IGNACIO. Ah! sí:
«me comprende usted.» Esa es
la muletilla gentil
con que me asedia, poniéndome
tanta condicion que, en fin,
me asalta á veces la idea
de aplazar... de diferir...

ANGEL. ¿Qué estás diciendo? aplazar
vuestro enlace? ¡Idea ruin!
¿No está todo concertado?

IGNACIO. Concertado! Sí; es decir...

ANGEL. Cásate, Ignacio, sé hombre;
sal de esa vida infeliz.
Una familia te tiende
los brazos, déjate ir.
Por la memoria bendita

de tu padre...

IGNACIO. Alto ahí;
ante esa memoria santa
siempre humillo la cerviz.
La memoria de mi padre!
Ves que soy un zascandil?
Pues en hablándome de eso
lloro como un chiquitin.
¿Te acuerdas de él, Ángel? Cuánto
me queria!... Pues, y á tí!
¿Te acuerdas con cuánto afan
te llamó antes de morir,
y unió á la mia tu mano
que yo estreché así?...

ANGEL. Así.

(Se estrechan las manos conmovidos.)

IGNACIO. ¿Lo olvidarás?

ANGEL. Nunca.

IGNACIO. Nunca.
Eso es; no hay más que argüir.
Por otra parte Tomasa
se ha apoderado de mi,
ella evoca este recuerdo.

ANGEL. Pues ella te hará feliz.
Tiene un carácter bellísimo,
instruccion, talento, y...

IGNACIO. ¡Qué ojos! Agudas espadas
esgrimidas contra mí,
sin que pare un solo golpe
viénenme en el pecho á herir;
yo me tiro á fondo, y... chico,
tengo cada cicatriz!...
Y qué mejillas de rosa,
y qué talle tan gentil,
y qué torneado cuello,
y qué labios de alhelí,
y qué manita tan mona,
y qué pie tan chiquitin!
Todo eso es mucha verdad,
pero...

ANGEL. ¡Otra vez, pesiemí!

IGNACIO. La esclavitud...

ANGEL. Vas á ser
el marido más cerril...
IGNACIO. En fin, yo procuraré
tomar ejemplo de tí.
ANGEL. Ya verás: con mi María
no puedo ser más feliz:
es tan fiel! tan hacendosa!
tan buena!
IGNACIO. (Oh, maridos!) Sí,
una santa. (Sonriendo.)
ANGEL. Santa, justo.
IGNACIO. Bien, hombre; no hay que reñir.
(Apuesto á que se parece
á todas.)
ANGEL. Mira por mí
con un cariño, un cuidado...
IGNACIO. Claro! tu mujer al fin.
Pues la mia no ha de hacer
visitas, y ha de venir
á todas partes conmigo
mirándome de perfil.
Ha de vestir á mi gusto;
y para agradarme á mí
bastará un sencillo velo
y un vestido de alepin.
No ha de gastar miriñaque,
ni ese polison... así...
conque se exageran cosas
que se deben encubrir.
Usará de sus doncellas
tan solo para el trajin
de casa; en su tocador
solo yo la he de asistir,
y en él no usará mas aguas
que la del aguamanil.
No daré thés en invierno
ni irá el verano á Vichy:
y si á pesar de mi celo
aconteciese... es decir...
si donde menos se piensa...
si huyendo del peregil...
ANGEL. Pero ¿cuántos desatinos

estás ensartando ahí?
¿Te has vuelto loco?

IGNACIO. ¡Qué diablos!
Tienes razon, á vivir.
Por lo pronto soy tu huesped
el tiempo que esté en Madrid.

ANGEL. Gracias á Dios que te encuentro
razonable y justo.

IGNACIO Sí;
pero con la condicion.
de que vienes á Paris
despues conmigo.

ANGEL. Veremos.

IGNACIO. Me tengo que despedir
del mundo mientras preparan
mis ligaduras aqui.

ESCENA II.

IGNACIO, ÁNGEL, MARÍA.

MARIA. Angelito, ¿qué haces? (Dentro.)

ANGEL. Qué?
Mi mujer. Entra, María.

MARIA. Pero, hombre, todavía
estás tomando café?
¡Qué atmósfera tan pesad a
tienen ustedes aquí!
Se puede cortar: á tí
no te hace sensacion nada.
Pues este café Dios sabe
el provecho que te hará!
Qué! si esto es tinta! si está
más espeso que el jarabe!
Que se lleven estos restos
de aquí. ¿Y tambien licor?

IGNACIO. (Esta es la santa.)

MARIA. Uf! ¡qué olor
á tabaco! ¡qué hombres estos!
Si donde entran ustedes
lo invaden todo de un modo...

Yo soy franca ántes que todo.

ANGEL. Mujer, cállate... si puedes.
Dispénsala; cuando empieza
á ser franca mi mujer...

IGNACIO. Bien hace; pues no ha de haber
entre nosotros franqueza?

MARIA. Usted dispense...

IGNACIO. Señora,
pues tanto me llega á honrar,
ambos nos hemos de hablar
sin cumplidos desde ahora.
Y yo el ejemplo daré:
dejo á ustedes un momento
mientras busco en mi aposento
unos papeles...

MARIA. (Sí, eh?
pondré á tu franqueza tasa.)

ANGEL. Mas yo te acompañaré.

IGNACIO. No lo permito; ya sé
andar sólo por la casa.
Yo la miro como mia,
y pues que la he de habitar,
déjame salir y entrar.
Adios, chico: adios, María.

ESCENA III.

MARÍA, ÁNGEL.

MARIA. Se queda en casa?

ANGEL. Sí tal;
¿ya me arguyes?

MARIA. No te arguyo:
notable amigo es el tuyo!

ANGEL. No le tengo más leal.

MARIA. Y entra y sale... Cosa es llana.
Y eso así... con desenfado.
Está bien; se nos ha entrado
la dicha por la ventana.

ANGEL. María!

MARIA. Y viviendo aquí

le acercamos á Tomasa.

ANGEL. Si al fin con ella se casa....

MARIA. Pobre de ella!

ANGEL. Estás en tí?
¡Qué mejor partido espera
Tomasa que unirse á un hombre
de fortuna y de renombre
envidiable en su carrera?

MARIA. Ya!

ANGEL. Ahora trae á la córte
cierta comision expresa...

MARIA. Sí?

ANGEL. Relativa á la empresa
del ferrocarril del Norte.

MARIA. Á la empresa!

ANGEL. Sí, señor;
que es, porque lo sepas tú,
su representante y su
abogado consultor.

MARIA. Ya caigo! Y de sus resultas
tambien lo es tuyo: y de modo,
que á él se lo consultas todo
y á mí nada me consultas.

ANGEL. Empiezan ya los sermones?

MARIA. Óyeme con atencion,
que me importa esta cuestion
más de lo que tú supones.
Dice Ignacio que te vas
con él á Francia; supongo
que no te irás: yo me opongo.

ANGEL. Oiga!

MARIA. Y sé que no te irás.

ANGEL. Volvemos á la porfía?
Déjame en paz; ni aún me he ido,
ni me hallo tan decidido.

MARIA. Ni yo lo permitiria.

ANGEL. Qué?

MARIA. Que ignoro te figuras
quién es Ignacio? Ángel, no:
sé que su vida pasó
en galantes aventuras;
y aún su incesante inquietud

lo declara: en su alma fria
quedan huellas todavía
de su airada juventud.
Que él fuera ó no descreido
á mí no me importa, pero
que me pervierta no quiero
con su ejemplo á mi marido.

ANGEL. Conque exiges?...

MARIA. Lo que exijo
es que alguna vez olvides
á tú amigo y más te cuides
de tú mujer, de tú hijo.
En tu casa, á nuestro lado;
ese es tu sitio; así, atiende
mis razones y suspende
el viaje proyectado:
concediendo en conclusion.
que en esta eterna porfia
toda la razon es mia.

ANGEL. Siempre tienes tú razon:
mas te diré de pasada,
que esta vez no me acomoda
el que tú la tengas toda
y á mí no me dejes nada.
Demos fin á esta querella;
sabes que impaciente soy.

MARIA. Pero no te irás.

ANGEL. Me voy
con tu licencia ó sin ella.

MARIA. Muy bien dicho: ahora te irás
á disfrutar, á correr,
hasta... vaya usté á saber
cómo y cuándo volverás.
Y luego yo á tu regreso
á recibirte saldré...
con quien vengas; ya se ve!
¡á mí, qué me importa eso?

ANGEL. Por Dios!

MARIA. Vete, hombre, anda:
si á tu vuelta traerme quieres
otro amiguito, tú eres
aquí el único que manda.

No temas que chiste yo;
tú lo ordenas: la mujer
debe en todo obedecer
á su marido... ¿Pues no?
Como que eso nos procura
las más rendidas mercedes!
Como que han nacido ustedes
para hacer nuestra ventura!
Como que ya me rebosa
la mia... á los cielos clama!
Si esto ventura se llama
no hay mujer más venturosa!

ANGEL. Bien! á las mil maravillas!
Nada tu inquietud repara
para armar cuestion, y para
sacarme de mis casillas.
No doy un paso siquiera
sin que tengamos cuestiones;
por mis más leves acciones
armas una pelotera.

MARIA. Leve accion! Esto es divino!
Conque el hombre que abandona
su casa!...

ANGEL. Yo! Reflexiona
que me haces perder el tino;
que apuras sin ton ni son
mi paciencia.

MARIA. No te alteres;
ya no replico, y si quieres
aun te pediré perdon.
¿No es eso?

ANGEL. No, yo no he dicho...

MARIA. Toda discusion concluya;
no haya más voz que la tuya,
ni más ley que tu capricho.

ANGEL. Si yo no quiero...

MARIA. Sí, hombre.
Tú eres el señor, el rey.

ANGEL. Pero...

MARIA. Tú dictas la ley.

ANGEL. Basta ya; voto á mi nombre!
Puesto que aquí ya no hay medio

de hablar en calma contigo,
y solo alentar consigo
tan interminable asedio,
resuelvo, y tú solamente
provocas esta órden mia,
que viviré en compañia
de Ignacio constantemente:
que mi proyecto de viaje
deja ya de ser proyecto,
y para llevarlo á efecto
dispondrás hoy mi equipaje.
Porque es justo; y sobre todo,
dejando frases á un lado,
yo, en último resultado,
lo dispongo de este modo.
Y basta de discusion;
pues, sea tuerto ó derecho
lo hice yo y está bien hecho;
y punto en boca y chiton.

ESCENA IV.

MARÍA, sola.

Es claro! Si no hay quien tuerza
su voluntad: si no hay modo:
si una ha de ceder en todo
si no de grado por fuerza.
Pero es preciso tener
calma; á la astucia acudir,
y esos planes impedir.
Veamos; tengo que hacer
dos cosas; desbaratar
esa boda de Tomasa,
y que no llegue su casa
mi marido á abandonar.
Lo primero quizás pueda
de Tomasa ó don Facundo
conseguir... mas lo segundo...
suceda lo que suceda
tambien lo conseguiré:
y pues Ángel oir no quiso...

es necesario... es preciso...
Pero ¿cómo? Áun no lo sé.
Pensemos. (Queda pensativa.)
Si...—No... ¡qué idea!
No; tan malo es el remedio
como... No; no es este el medio
que mi corazon desea.
Mas... No hay otro... Y es expuesto...
¿Y qué importa? es una madre
que por el hijo y el padre
se expone, pensaré en esto.
Mas no hay que pensar: tenemos
las horas contadas:—no,
no me atrevo... no soy yo
quien osará... en fin, veremos.

ESCENA V.

MARÍA, TOMASA.

TOM. Calla! estás hablando sola?
MARIA. Tomasa!
TOM. Que yo no estorbe.
MARIA. Estorbarme tú, ¿qué dices?
¿Por qué tal cosa supones?
¿No te quiero como á hermana.
y tú no me correspondes?
No es nuestra amistad de aquellas
que fácilmente se rompen.
TOM. Verdad es.
MARIA. Tu pobre madre.
que desde el cielo nos oye,
te fió á mí y de mí espera
que yo tu ventura logre.
TOM. Por qué invocas?...
MARIA. Porque quiero
darte un buen consejo.
TOM. ¿Sobre
qué?
MARIA Sobre tu prometido.
TOM. ¿Mi futuro?
MARIA. No le nombres

así.

TOM. Por qué?

MARIA. Es un futuro
imperfecto, y hasta informe.
que no debe ser perfecto
jamás.

TOM. Deja que me asombre
de tu profecía. ¿No sabes
que estamos todos acordes
y que me caso muy pronto?

MARIA. Tú?

TOM. Sí, papá lo dispone.

MARIA. Con Ignacio?

TOM Con Ignacio.

MARIA. Y te casas de real órden!

TOM. Me caso porque es razon.

MARIA. Amor debe ser el móvil
que te guie.

TOM. Amor?... María!
tú, mi condicion conoces;
no es de las que amor subyuga.

MARIA. Y por qué no? Tú eres jóven.
Acaso te abrase un dia
la pasion que desconoces
hoy; y si así te casas,
¿qué vida te aguarda entónces?

TOM. Yo estimo á Ignacio.

MARIA. No basta.

TOM. Y es muy posible que logre
hacerse amar; ya le debo
mil rendidas atenciones.
Pregúntale á mi papá
si anhelas buenos informes.
Ya sabes que este verano
me llevó á sus excursiones
anuales al extranjero;
pues Ignacio tomó el tole
tras de nosotras, y... toma!
nos siguió á Paris... á Lóndres.
Y á mi regreso á Madrid
tambien nos siguió; mas vióse
luego obligado á marchar

á San Sebastian, en donde
le reclamaba su empleo...

MARIA. Ya sé.

TOM. Pues bien; desde entónces
hasta ayer no ha vuelto á verme.

MARIA. Y eso... aquí.

TOM. No, que ántes vióme
en casa; nos visitó...

MARIA. Es claro; si ni de molde...
Solo separa un tabique
entrambas habitaciones;
sale de esta, entra en tu casa;
y él te habla y tú le oyes.

TOM. ¿Y eso qué tiene de extraño?

MARIA. Sé que no es Ignacio el hombre
que te conviene, Tomasa.
Ademas...

TOM. Qué?

MARIA. Son discordes
vuestros genios. Ademas...

TOM. Aún hay más?

MARIA. Tengo razones
fundadas para pensar
que aún en tu pecho se esconde
cierto recuerdo... pues eso...

TOM. Eso, aunque mucho te asombre,
más aboga en su favor
qué otra cosa, no te enojes:
yo no encuentro la razon
para que así Ignacio evoque
ese recuerdo y lo evoca
sin embargo.

MARIA. No, ese hombre
no le despierta; es que vive,
para que nunca se borre
fijo en tu mente.

TOM. Locura!

MARIA. Díganlo si no esas flores.
(Por un ramo de violetas que tiene Tomasa en la mano.)

TOM. Bah!

MARIA. No pasa un solo dia

sin que tu ramito compres.
¿Y qué quiere decir esto?

TOM. Nada de lo que supones;
que me gustan las violetas
y hallo este sencillo goce
mientras dura la estacion.

MARIA. Mira bien no te equivoques.

TOM. Segura estoy.

MARIA. Y si algun dia
se te aparece aquel jóven...

TOM. Qué desatino! ni yo
sé quién es, ni él me conoce.
(Se dirige á uno de los espejos que habrá en el fondo.)

MARIA. Á dónde vas?

TOM. Á ponerme
el ramo en el pecho.

MARIA. Póntele.
Te ries?

TOM. Me haces reir.

MARIA. (Se ha turbado: quizá aún logre
por este medio...)
(Se dirige á hablar á Tomasa á tiempo que aparece Ignacio por el foro.)

IGNACIO. (Sin reparar en Tomasa.) María!

MARIA. (¡Qué oportuno es este hombre!)

ESCENA VI.

MARÍA, TOMASA, IGNACIO.

IGNACIO. Salió Angel?

MARIA. Yo no sé.
(Pausa. María se dirige al velador y cierra la caja de licor. Tomasa continúa contemplándose en el espejo. Ignacio se acerca poco á poco á María.)

IGNACIO. (¡Esta mujer tiene un porte!
Y he estado rudo con ella;
debo echarle cuatro flores
para hacerme... por supuesto,
sin intencion.)

MARIA. (Qué haré?)

IGNACIO. (Innoble

propósito en mí no cabe.)

MARIA. (Dudo: tiemblo.)

IGNACIO. (Si me acoge
con frialdad... Bah! es una santa...
no temo que se incomode.)

MARIA. (Cómo me mira!)

IGNACIO. (Me mira
de reojo: á ver si responde.)
—Usted siempre atareada.

MARIA. Caseras ocupaciones...
Y usted siempre amable...

IGNACIO. Yo?
Siempre sujeto á sus órdenes,
como uno de sus más
rendidos adoradores.

MARIA. Mil gracias.

IGNACIO. Es usted un
dechado de perfecciones,
nadie como usted...

MARIA. Ya basta;
hará usted que me sonroje.

IGNACIO. En rostros de ángel imprime
el sonrojo encantos dobles.

MARIA. Repito gracias.

IGNACIO. No hay
quien las de usted avalore.

MARIA. Basta. (No estoy decidida,
pero á tiro se me pone...)

IGNACIO. Qué dichoso es Ángel!

MARIA. Sí?

IGNACIO. ¿Quién habrá que no ambicione
su ventura?

MARIA. Bah! No es tanta.

IGNACIO. Inmensa. No hay en el orbe
más envidiable mortal.

MARIA. Cuidadito... Si él nos oye...

IGNACIO. (Se esponja. Si todas son
lo mismo. Todas responden.)

MARIA. (¡Hasta á mí me galantea!
¡Si yo digo que este hombre!...
Y delante de Tomasa!...)

TOM. Jem...

IGNACIO. Caramba!... (Reparando en Tomasa.)
Buenas noches.
(Dirigiéndose á Tomasa despues de una pausa.)
MARIA. (Marchándose por la puerta de la izquierda.)
Los dejo solos ahora.
Natural es que se enoje.)

ESCENA VII.

TOMASA, IGNACIO.

IGNACIO. Pues no habia reparado
en usted. Soy algo miope.
TOM. Bien reparó usté en María.
No es decir que á mí me importe.
Pero ha usado usted con ella
tan floridas expresiones...
IGNACIO. No lo extrañe usted. Yo lo hago
sin intencion.
TOM. Se supone.
IGNACIO. Por inclinacion.
TOM. Qué?
IGNACIO. Digo...
Por costumbre. Digo... (Torpe!)
TOM. Me parece bien.
IGNACIO. Es claro.
Digo... no; no está en el órden.
Sobre todo, cuando usted
este puro amor coge...
TOM. Ya sabe usted que papá
lo ordena... y que yo... soy dócil.
IGNACIO. Bendita boca! Oh! no olvido
nuestras gratas impresiones
de este verano. Qué modo
de correr. Y qué veloces
pasaban los dias. Yo
seguí á usted con afan doble.
Á Lóndres quiso usted ir,
y como era usted mi norte
á Lóndres llegué; y eso
que á mí no me gusta Lóndres.
TOM. Pues es una gran ciudad.

IGNACIO. Los ingleses son atroces.
TOM. Pero tiene usted allí tantas
preciosidades...
IGNACIO. Conforme!
Las inglesas. Hay allí
cada mujer... que da golpe.
Qué caras hay... Y qué ojos...
Qué ojos tan seductores!
No tienen la brillantez
de los ojos españoles,
pero con todo, son ojos
que preguntan y responden.
TOM Parece que usted lo sabe
por experiencia.
IGNACIO. (Demontre!)
No. Me juzga usted capaz...
usted cree... usted supone...
No he conocido más que á una
inglesa... Mis Fanny Fonny;
hace ya... estaba en el Circo
del Príncipe Alfonso entónces.
Y montaba á la alta escuela...
Muy bien!... Tenia un galope...
TOM Vamos, con usted no hay medio
de que una se incomode.
IGNACIO. Incomodarse! Y por qué?
Ah! ya caigo: usted perdone...
Yo hablo... así... sin intencion.
está usted?... vaya... Pues hombre,
aquí donde usted me ve,
y aunque esto á mí no me toque
decirlo, soy muy capaz,
cuando la ocasion me pone
delante alguna mujer,
aunque sea hermosa y jóven,
muy capaz de no fijar
mis ojos en sus facciones.
y muy capaz de marcharme
sin decir oste ni moste.
Está usted?
TOM. Gran sacrificio. (Riendo.)
IGNACIO. Pues qué creia usted?

TOM. Enorme!
IGNACIO. Pues soy yo muy capaz de eso.
TOM. Vea usted!
IGNACIO. Y ahora con doble
motivo.
TOM. ¿Y ahora por qué?
IGNACIO. Porque ahora hay dobles razones...
Porque cuando... cuando yo
esposo de usted me nombre...
verá usted qué gravedad...
y que... y luego está en el órden
que tengamos... que esperemos...
Digo... que tengamos prole.
(Tomasa, que habia manifestado cierta turbacion al oir los últimos versos, se dirige al foro.)
Se va usted?
TOM. Papá me espera.
IGNACIO. Le acompañaré á usted entónces.
TOM. No lo permito: no quiero
que tal molestia se tome.
IGNACIO. Pero...
TOM. Es castigo que impongo
á las lindas expresiones
que ántes dirigió á María.
IGNACIO. Cruel castigo me impone.
TOM. Á tal culpa, tal castigo.
Quieto aquí.
IGNACIO. Pero si...
TOM. Inmóvil.
(Es lo más original...
Fuerza es que yo le reforme.)

ESCENA VIII.

IGNACIO.

Qué hermosa!... No tiene pero.
¿Conque es decir que me caso?
Doy el paso?... Horrible paso!
cuanto más lo considero...
La mujer, ha dicho un santo,
que es vaso de corrupcion...

puede que tenga razon;
pero nos seduce tanto
á los hombres, que es preciso
convertirlo en fortaleza
porque la virtud tropieza
si no se está sobre aviso.
Ángel dice que María
es un modelo... aunque raro...
como es tan fria... está claro.—
No tan fria... No tan fria!

ESCENA IX.

IGNACIO, D. FACUNDO.

Aparece en la puerta del foro, fija una mirada en Ignacio y se dirige á él directamente, tendiéndole una mano.

FAC. Cómo está usted?
IGNACIO. Eh? Quién es?...
FAC. Me alegro mucho. Tal cual:
está usted solo?
IGNACIO. Sí tal.
(Pues el saludo es cortés.)
FAC. Me comprende usted?... Me alegro.
Pues nada, hablando se entiende
la gente. Usted me comprende?
IGNACIO. (Pues me iba á tocar un suegro...)
FAC. Usted que hablarme tenía,
tambien yo á usted; el tiempo pasa,
y usted habita en esta casa
que yo miro como mia.
Pues nada de extraño tiene
que abordemos nuestro asunto
sin tregua, y punto por punto,
que es lo que á entrambos conviene.
(Invitando á Ignacio á tomar asiento.)
Concédame usté un instante.
Como soy padre... y soy viudo,
comprende usted?... Yo no dudo
que usted comprende...
(Interrumpiendo á Ignacio.)

Adelante.
Mi hija es toda mi ilusion,
y usted por ella suspira,
y yo sé que ella le mira
á usted con predileccion.
Ella vale un Potosí;
usted es honrado... leal...
yo soy padre. . y como á tal
se dirige usted á mí.
De donde resulta, y quedo
de la peticion ufano,
que usted me pide su mano,
y que yo se la concedo.
Lo demas de mi hija pende,
y ella no dice que no:
usted me comprende?... yo
no sé si usted me comprende.

IGNACIO. Sí, hombre.

FAC. Pues en tal caso,
bueno será que tratemos
de su dote, y deslindemos
la cuestion pasito á paso.

IGNACIO. Por Dios!...

FAC. Aquí... sin testigos.

IGNACIO. Repare usted...

FAC. No reparo.
Las cuentas claras, es claro
que hacen los buenos amigos.
Mi capital... No soy rico;
un millon podré contar...
Trajinando... viene á dar
cuatro mil duros y pico.
Usted me comprende; basta
para mi hija y para mí.
Yo en nada gasto; ella sí,
ella sola es quien lo gasta.
Y es cosa muy natural;
en estrenar algun traje,
y abonar un carrurje,
y un quinto turno en el Real.
Pss! Algun gasto convendria
suprimir... mas no hay manera...

La pobrecita se altera
cuando álguien la contraría.

IGNACIO. (Oiga!)

FAC. Usted comprende?

IGNACIO. Sí.

FAC. Comprende usted, caballero?
Compréndame usted; yo quiero
que me comprenda usté á mí.

IGNACIO. Se comprende fácilmente.

FAC. En cambio tiene unos modos
de persuadir... Y es con todos
tan dulce... tan complaciente...

IGNACIO. Sí, eh?

FAC. No tiene otro anhelo.
Tal ejemplo tiene al lado.
Con María se ha educado
y María es su modelo.

IGNACIO. (Esta idea tentadora!...)

FAC. Pero fijemos el punto
material de nuestro asunto,
tratando del dote ahora.

IGNACIO. Yo suplico á usted que evite...

FAC. No; fijemos la cuestion.
Su dote es medio millon;
ese no hay quien se le quite...

IGNACIO. Sin eso me considero
suficientemente honrado...

FAC. Pues bien, asunto acabado.
No se hable más de dinero.

IGNACIO. Es tarde. Invitado estoy
á cierta junta.

FAC. Por mí...

IGNACIO. No salgo. Pasaré aquí
toda la noche. Mas voy
á dar aviso...

FAC. En buen hora;
mi voluntad es de usted.

IGNACIO. (Qué bien me tiende la red.)

FAC. (Este yerno me enamora.)

ESCENA X.

D. FACUNDO, despues MARÍA.

FAC. Tiene un talento profundo,
y posicion y fortuna.
Pues señor, no hay duda alguna;
me conviene.

MARIA. Don Facundo.

FAC. Viene usted en mi busca, eh?
Empezó el tresillo?

MARIA. No.
Tiempo hay; necesito yo
ántes hablar con usted.

FAC Á propósito; ya Ignacio
me habló respecto á Tomasa,
con quien se casa...

MARIA. Se casa?
Despacio, señor, despacio.
Á hablar de eso vengo.

FAC. Y bien?

MARIA. Medite usté ántes el paso.

FAC. Meditado está y la caso.

MARIA. Se casa! y cómo? y con quién?
No extrañe usted que me abrogue
este derecho, y que hoy,
que unida á Tomasa estoy,
de esta suerte le interrogue.
Su madre, mi pobre amiga
del alma, en su hora postrera,
la fió á mí, y de mí espera
que su ventura consiga.
Esa union que usted desea
infeliz la puede hacer,
y es mi afan, es mi deber,
procurar que no lo sea.
Y usted me va á contestar...
Mi pregunta no le asombre:
conoce usté á fondo al hombre
con quien la intenta casar?

FAC. Le conozco... usted comprende?

Le trato hace poco. Pero
sé que es todo un caballero;
Ángel le abona.

MARIA. Se entiende.
Se halla bajo su influencia
aún. Vivió noche y dia
con él, cuando consumia
en el ocio su existencia.
Pero Angel...—Angel se llama,—
en la buena senda entró,
y ama y cree; Ignacio no:
Ignacio, ni cree, ni ama.
Bien su incesante inquietud
lo declara: en su alma fria,
quedan huellas todavía
de su airada juventud.

FAC. Exageracion.

MARIA. No tal.

FAC. Nada; no estamos conformes.
Yo he tomado mis informes...
Y no me parecen mal.
Que es descreido; lo sé.
Mas viviendo á nuestro lado
quedará regenerado
en breve, comprende usté?
Exhórtenle ustedes dos,
mi hija y yo le obligaremos,
y los cinco viviremos
en paz y en gracia de Dios.

MARIA. Harán que pierda la calma.
En suma; ni él siente amor,
ni ella le ama... no, señor.
Esa union no lo es del alma.

FAC. Se estiman; qué más razon?
Union es de conveniencia.

MARIA. Es un cargo de conciencia
que yo apadrine esa union.
Dios, todo amor, santifica
un error, si de amor nace.
Mas no bendice un enlace
que el amor no justifica.
Y á horrible, eterno pesar

castiga al que en falso jura,
de tamaña desventura
á Tomasa hay que librar.

FAC. María, está usté en su juicio?
Yo con mi sana razon
examino la cuestion,
y usted la saca de quicio;
no de mala fe, eso no;
mas no olvide usté un instante
que soy padre. padre amante!
Y cuándo la caso yo!...
Comprende usted?... Que porfia.

MARIA. Si le ofende...

FAC. No me ofende.
Pero al cabo... usted comprende?
Al cabo me contraría.
Me espera el tresillo.

MARIA. Pero...

FAC. Nada.

MARIA. Bien.

FAC. Ya me incomoda,
cuando yo quiero la boda...
Si sabré yo lo que quiero?

ESCENA XI.

[MARÍA.]

Situacion original
la mia! Yo me prevengo
á evitar el mal, y tengo
que dejar venir el mal.
Y he de ver á ese hombre en casa;
y luego se casará
con Tomasa, y causará
la desdicha de Tomasa.
Mas ya su desdicha olvido,
que mi desdicha más cierta
es que él viva aquí y pervierta
con su ejemplo á mi marido.
Y así será; pues no sea.
Mas ¿cómo evitarse puede?...

Esto que á mí me sucede
no habrá nadie que lo crea.
Fraguar su daño uno mismo
voluntariamente; ver
al pie el abismo y caer
de buen grado en el abismo.
¿No es gran locura? Sí tal,
pues yo lo sabré impedir;
yo un medio he de discurrir
para evitar este mal.

ESCENA XII.

MARÍA, IGNACIO.

IGNACIO. María!... Encuentro dichoso!
MARIA. (Casual encuentro!) Usté aquí?
IGNACIO. Ahora iba...
MARIA. Ya era razon.
Mi cuotidiana reunion
se muestra ofendida...
IGNACIO. Sí?
MARIA. Deplora la indiferencia
conque usted nos abandona;
culpa que acaso perdona,
mas con una penitencia.
IGNACIO. Cuál? Por mucho que me cueste
para mí será merced...
Qué penitencia?
MARIA. Que usted
el brazo hasta allí me preste.
IGNACIO. Tanta honra... (Qué *te á ele* tal?)
MARIA. Mil gracias. (Yo he de insistir...)
Mal hizo usted en huir
de nosotros.
IGNACIO. Si hice mal...
MARIA. Es muy justa mi querella.
IGNACIO. Mi presencia tan buscada?
MARIA. Pues no? Es harto codiciada
para que nos prive de ella.
IGNACIO. Yo la de usted admiraria,
no una hora, un siglo entero.

Vale tanto!

MARIA. Lisonjero!

IGNACIO. No.

MARIA. Pobre presencia mia!
Vamos allá? (Yo he de hacer
que este hombre caiga en mis redes.)

IGNACIO. (Qué me indican las mercedes
que me otorga esta mujer?)
(Se dirigen á la puerta del foro al caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y TOMASA.

MARIA. No quieres creerme.
TOM. Pero
en qué te apoyas?
MARIA. Me apoyo
en causas cuya importancia
apreciarás; viendo solo
que no las puedo decir,
y que me he expuesto al enojo
de mi marido por ellas.
TOM. Pues qué ha habido?
MARIA. De ese loco
viaje á Paris queriendo
disuadirle, lo eché todo
á perder; pues se ha enfadado,
y desoyendo mis votos
se marcha: soy la mujer
más desgraciada del globo.
TOM. Vamos! no te apures, eso
áun tiene remedio.
MARIA. Cómo?

TOM. Por el ruego, por la súplica.
Luego no es tan peligroso
como piensas; unos dias
de distraccion...

MARIA. Siendo otro
quien le acompañara, bien;
mas figúrate en qué hermoso
concepto tendré yo á Ignacio
cuando así me apuro y lloro;
y creo que queda sin padre
mi hijo, y yo sin esposo.

TOM. Pero eso es exagerar.

MARIA. No tal; es que lo conozco
bien.

TOM. Pues mira, tu marido,
mi buen papá, y cuantos oigo
estiman en mucho á Ignacio
y hablan de distinto modo.

MARIA. Porque están ciegos.

TOM. Y no
es posible que á tí el odio
te ciegue tambien?

MARIA. Á mí?
Por qué?

TOM. Digo, lo supongo.

MARIA. Pues supones mal.

TOM. Te veo
tan hostil!

MARIA. Pues sin reboso
te diré, ya que me apuras,
la razon en que me apoyo
para aconsejar que rompas
ese triste matrimonio.

TOM. Te oigo.

MARIA. Pues has de saber
que tu idolatrado novio,
el fiel amigo de Ángel,
es un malvado, es un monstruo.

TOM. Pero dí...

MARIA. Haciendo traicion
á la amistad, á tí, á todo,
me galantea y me persigue

tenazmente y sin embozo.
Qué te parece?

TOM. Ahora creo
que te ciega el amor propio.

MARIA. Tomasa!

TOM. Pero, mujer,
si es increible!

MARIA. ¿Ahora poco,
no lo has visto?

TOM. Lo que he visto
es que te echó dos piropos...
sin malicia...

MARIA. ¿Y cómo son
los piropos maliciosos?

TOM. Déjate... lo que repito
es que incapaz le supongo
de una infamia.

MARIA. Quieres pruebas?
Bien, pues las tendrás muy pronto.

TOM. María!

MARIA. Estoy decidida
á vencer tu empeño loco.

TOM. ¿Qué vas á hacer?

MARIA. Evitar
que caiga sobre nosotros
la desgracia.

TOM. (Me hace casi
dudar; insiste de un modo!...)

ESCENA II.

DICHAS, ÁNGEL y D. FACUNDO.

FAC. Tomasa! Niña! ¿hasta cuándo
va á durar este coloquio?
Tú aquí charla que te charla
y yo allá dentro hecho un tonto
esperándote.

TOM. María
tiene la culpa de todo.

ANGEL. De qué se trataba?

TOM. Llegan
ustedes muy á propósito.
MARIA. (Mujer... calla!)
TOM. Se trataba
de mi... de mi matrimonio.
MARIA. (Qué imprudencia!)
TOM. Le disgusta
que me case... así... tan pronto.
ANGEL. Comprendo. Conque persistes
en oponer...
MARIA. Nada opongo.
ANGEL. Mal harias; porque Ignacio
cuenta con más firme apoyo:
el de su padre y el mio...
el mio... entiendes?
ANGEL. (¡Me ahogo!)
FAC. Toma! pues si estamos ya
de acuerdo en todo y por todo.
¿Comprende usted? ni es prudente
dilatar más el consorcio:
Tomasita va á cumplir
cinco lustros en agosto;
y el estado más perfecto
de la mujer, el más sólido,
es el de casada... Usted
me comprende? Es el apoyo
natural de la mujer,
por aquello de que al olmo
se enlaza la débil yedra
con el plausible propósito
de ampararse de su sombra
y crecer asida al tronco.
No sé si usted me comprende.
Me comprende usted del todo?
MARIA. (No hay remedio, ellos se empeñan,
yo les abriré los ojos.)
FAC. Comprende usted?—Conque niña,
si hemos de ir... yo estoy pronto.
MARIA. Adónde vas?
TOM. Necesito
comprar algunos adornos;
cuatro chucherías... ¿vienes?

MARIA. Aquí te espero. Supongo
que volverás á enseñarme...
TOM. ¿No te lo consulto todo?
Volveré, aunque va perdiendo
mucho prestigio tu voto.
MARIA. Rencorosa!
TOM. No lo creas.
Adios; volveremos pronto.

ESCENA III.

MARIA y ÁNGEL.

ANGEL. Conque es decir que no hay medio
de que vivamos en paz!
MARIA. No me riñas...
ANGEL. No me riñas...
Eso es! y te veo tenaz
en tu empeño.
MARIA. No lo creas.
ANGEL. Haces mal, muy mal, muy mal.
MARIA. Acaso con tu viaje
no me he conformado ya?
ANGEL. Sí, gruñendo.
MARIA. Ya no gruño;
estoy conforme; por más
que si te quedaras fuera
una gran felicidad
para mí. Ya ves, soy franca.
ANGEL. Pero tu encono mortal
contra Ignacio no decae.
MARIA. Qué encono? pues dónde está?
Lo que el corazon me dicta
aconsejo, y nada más.
Si no fuera porque temo
que su influencia fatal
pueda causarnos desgracias
¿cómo le habia de atacar?
¿No es tu amigo?
ANGEL. Y de los buenos.
No le tengo más leal.
MARIA. Pues... mira, si yo te digo...—

no, no, te vas á enfadar...

ANGEL. No me enfado.

MARIA. No?

ANGEL. No.

MARIA. Pues...
desconfia de su lealtad:
creéme, no es por aversion.

ANGEL. Lo ves? vuelves á empezar;
mejor dicho, continuas.

MARIA. Es que... si supieras...

ANGEL. Bah!
Otro misterio.

MARIA. No es
misterio, es una maldad;
pero nunca seré yo
quien te lo diga.

ANGEL. Sí, ya
te adivino; por salirte
con la tuya eres capaz
de asegurar que te hace
la córte.

MARIA. No he dicho tal;
pero, si...

ANGEL. Pues ni por esas...

MARIA. Pues sabe...

ANGEL. No hablemos más
del asunto.

MARIA. Bien! no hablemos.—
Cuando digas quedará
todo el equipaje hecho.

ANGEL. Bien.

MARIA. Te he mandado enguatar
el gaban, porque en París
hace un frio...

ANGEL. Poco más
ó ménos como el que hace
aquí.

MARIA. Segun dicen... Ah!
se me olvidaba; debajo
de la ropa encontrarás
hilas y vendas y un frasco
de árnica, por si un mal

accidente te ocurriese
en el camino...

ANGEL. Bah, bah!
qué ha de ocurrir!

MARIA. Dios te oiga!

ANGEL. Eres muy buena y te has
empeñado en parecer
lo contrario. Eh! voy á dar
una vuelta por la Bolsa.
Vaya! Adios: no pienses más
en esas antipatías.
Por vida!

MARIA. Qué?

ANGEL. Voto á san!
se ha descosido este guante.
Voy por otros.

MARIA. Quita allá!
Le coseré: tengo aquí
aguja, seda y dedal.

ANGEL. Si se ha descosido mucho.

MARIA. Por eso se ha de tirar?

ANGEL. Qué! los guantes recosidos
en casa sientan tan mal!

MARIA. Pues, hijo, algo peor sienta
comprar otros; dame acá.

ANGEL. Haz por Dios que no se note
mucho.

MARIA. Qué se ha de notar!

ESCENA IV.

DICHOS, IGNACIO.

IGNACIO. Y despues de todo... ¿cuáles
son las ventajas que trae
el matrimonio? Ninguna.
Busquémoslas. ¿Dónde están?
Comprendo que bajo el
punto de vista moral—
sí, lo que es bajo ese punto
de vista...—por lo demas
solo le hallo inconvenientes

y disgustos y...

MARIA. Ya está.

IGNACIO. Calle!

ANGEL. Estás muy preocupado;
ni aun nos has visto al entrar.

IGNACIO. Sí, y justamente me alegro
de encontrarte.

ANGEL. Hay novedad
alguna?

IGNACIO. No, mas contigo
quisiera un momento hablar.

MARIA. Dejo á ustedes.

IGNACIO. Siento mucho
que por mi causa...

MARIA. No tal.
Tengo que hacer allá dentro.

IGNACIO. Siendo así...

MARIA. (Angel se va.
La ocasion es oportuna.
Qué leccion van á llevar!)

ESCENA V.

IGNACIO y ÁNGEL.

IGNACIO. (Delante de él ni aun me mira;
qué bien disimula! Bah!
yo me voy; yo en esta casa
no estoy un momento más.)

ANGEL. Chico, tú estás intranquilo.

IGNACIO. Sí.

ANGEL. Cuál es la causa?

IGNACIO. La
variacion segun presumo
de vida; es un malestar
el que tengo...

ANGEL. Eso es fastidio;
yo sufro esa enfermedad
con frecuencia.

IGNACIO. No: es que yo,
acostumbrado á viajar
y a vivir en el bullicio

de un contínuo carnaval,
siento que me falta aquí
aire... espacio... libertad.

ANGEL. Tan mal te encuentras en casa?

IGNACIO. En tu casa no está el mal:
está en la vida metódica,
en el órden; en el plan
que me he propuesto seguir
y que no puedo aguantar:
así es que me marcho.

ANGEL. Calla!
Quieres irte? y dónde vas?

IGNACIO. Á Paris, en donde tengo
varias cosas que arreglar.

ANGEL. (Este ha notado el desvío
de María... claro está.
Qué discreto y qué prudente.
Á mí me toca estorbar...)

IGNACIO. Esto no quiere decir
que á nuestro pactado plan
renuncie.

ANGEL. Pero ¿y Tomasa?
La dejas sin más ni más?

IGNACIO. No, hombre. Yo la explicaré...
y hablaré con su papá,
y luego á mi vuelta... en fin,
ya tú sabes lo que hay.

ANGEL. Ignacio, tú no eres franco,
tú me ocultas la verdad.

IGNACIO. Te juro que...

ANGEL. Vaya! vaya!
no seas... déjate guiar
por mí...

IGNACIO. Pero...

ANGEL. Me he propuesto
hacer tu felicidad;
conque espera y reflexiona.—
Uf! las tres y media ya!
Hasta despues: á mi vuelta
hablaremos... tú verás.

ESCENA VI.

IGNACIO.

Pues! y se va tan tranquilo!
tan feliz... tan satisfecho!
en tanto que aquí en mi pecho...—
El alma tengo en un hilo!
Pobre Ángel! Qué obstinacion!
Qué ceguedad! si él supiera
dónde está la verdadera
causa de mi indecision!
Porque, en fin, su santa esposa,
lejos de oponer desvío
al atrevimiento mio,
me oye, me busca, me acosa.
Qué hago yo? Vamos á ver!
Huir de esta casa? No.
Primero un problema yo
tengo aquí que resolver.
Hay ocasion de observar
hasta qué punto extravíada
llega una mujer honrada,
y la quiero aprovechar.
Un futuro vergonzante
necesita esta leccion.
Nada; venga la ocasion.
(Ya está aquí; llegó el instante.)

ESCENA VII.

MARÍA, IGNACIO.

MARIA. Ustá á estas horas en casa?
IGNACIO. (Ya me busca.) Aquí, María...
MARIA. (Lo exige así la paz mia;
la ventura de Tomasa.)
IGNACIO. Me encuentro en casa muy bien
y gracias doy á mi estrella:
cuando usted se encuentra en ella
esta casa es un Eden.

MARIA. Se impone usted una clausura
penosa!)
IGNACIO. (Pues! se ha sentado!)
Dichosa la juzgo al lado
de tan perfecta hermosura.
Me permite usted?
MARIA. Permito.
Conque usted se priva así
de ir al paseo por mí?
Se lo agradezco infinito.
Aún puede que entre usté en gana.
Hace una tarde tan buena!
Segura estoy que está llena
de gente la Castellana.
IGNACIO. (Oh! creo que me despide!)
Si usted desea que yo
me aleje de casa...
MARIA. No.
IGNACIO. No es esto lo que usted pide?
MARIA. No señor, de ningun modo,
hágame usted más merced;
desear yo eso cuando usted
por mí lo abandona todo!
Y es tanto más de estimar,
cuanto que allí, estoy segura
de que habrá alguna hermosura
á quien hace usted penar.
IGNACIO. Está usted en un error:
ni nadie me espera á mí,
ni yo anhelo hallar allí
tan señalado favor.
Eso significaria
en mí, hallarme subyugado
á un amor ya declarado,
y no es exacto María.
MARIA. No?
IGNACIO. Ya usted debe saber
que esas cosas se averiguan...
MARIA. Tengo amigas que atestiguan
lo contrario.
IGNACIO. Puede ser.
Y es justa la observacion,

que aun entre ellas alguna,
que, en verdad, me inspira una
amistosa inclinacion.

MARIA. (Hola!) Amistad nada más?
Un sentimiento tan frio...

IGNACIO. Guardo otro que, á pesar mio,
no declararé jamás.

MARIA. Y por... mi amiga, se entiende?

IGNACIO. Permita usted que no dé
contestacion; ya que usté
en mi afan no le sorprende.

MARIA. Yo? Pues como usted no hable,
quién adivina? El humano
corazon es un arcano
para todos insondable.

IGNACIO. Sí; cuando en ciego rencor
palpita de sombras lleno.
No, cuando en su puro seno
brota la luz del amor.

MARIA. Luz... sombra... por vida mia,
notables contrastes son.

IGNACIO. Formando está el corazon
á semejanza del dia.
La inquietud que el odio alcanza,
la duda atormentadora
esa es su noche; su aurora
es el amor, la esperanza.
Si usted el mio examina
le encontrará amante y fiel.
No ha de leer claro en él
la aurora que le ilumina?

MARIA. Posee usté en alto grado
la ciencia de conmover
y herir el de la mujer...

IGNACIO. (Me quiere aún más declarado?)

MARIA. (Se me declara!)

IGNACIO. (Se obstina!)

MARIA. Yo aurora? Aturdida estoy.
Mi luz, si alguna luz doy,
ya hácia su ocaso declina.
De ser lisonja no pasa;
yo conozco lo que valgo,

y ya usted lo ve; por algo
permanezco oculta en casa.

IGNACIO Y culpable es por demas
Angel; dejarla á usté aquí
encerrada siempre...

MARIA. Si;
él no se cuida jamás...
yo... ninguna queja tengo
de él—queja grave, se entiende;
mas ni él mis gustos comprende,
ni yo á los suyos me avengo.
Tristes mis horas se van,
y él de alegrarlas no cuida;
los negocios son su vida,
la Bolsa todo su afan.
Él sin mí la vida pasa;
y yo lamento su ausencia.
Ahí tiene usted mi existencia
hasta que vino usté á casa.

IGNACIO. (Malo! á lamentarse empieza.)
Lástima grande en verdad
que yazga en la soledad
tan peregrina belleza.
Ángel no sabe estimar
el bien que el cielo le envia.
Si yo, por fortuna mia,
me encontrara en su lugar...
Dueño ya de la fe pura
de tan divina mujer,
se inundaria mi ser
en un cielo de ventura.
Yo en la lumbre de sus ojos
su pensamiento leeria,
y esclavo me encontraria
del menor de sus antojos.
Por una dulce mirada
lo sacrificara todo.

MARIA. Eso es amar. De ese modo
quisiera yo ser amada.
De ese amor tan vehemente
yace esclavo mi albedrío;
su afan de usted es el mio;

yo siento, lo que usted siente.

IGNACIO. Es posible? Al fin consigo
que usted premie... Yo estoy loco
de alegría!...

MARIA. Poco á poco;
entienda usted lo que digo.
Que siento amor, dije, sí:
pero no quién me lo inspira.

IGNACIO. (Ah!) (Con satisfaccion.)

MARIA. Ni usted tampoco aspira...
Digo... me parece á mí.
Lo que hasta ahora ha dicho usté
es que su alma es capaz
de amor ardiente... voraz!
Eso es todo lo que sé.
Mas dónde ese amor creció,
ni cuál el objeto amado,
ni usted aún lo ha declarado,
ni yo entiendo... digo yo!

IGNACIO. (Finge no haberme entendido
para obligarme á callar.
Desisto.)—No hay más que hablar.
ligero en extremo he sido;
sello mi labio, señora;
mi amor aún no tiene dueño,
es verdad!

MARIA. (Adios mi empeño!
Por dónde despunta ahora!)
Yo no he dicho...

IGNACIO. Se adivina.
Guardo silencio.

MARIA. Y si usté
no me ha comprendido?

IGNACIO. Qué?

MARIA. Natural razon me inclina...
Sé que las penas de amor
una vez comunicadas
se alivian; pero calladas
toman violencia mayor.
Conque... usted segun declara
siente amor?...

IGNACIO. (Otra te pego!)

Amor insensato y ciego
la desdicha me depara.

MARIA. Cómo así?

IGNACIO. No puede ser. .
no he de declararle, no.

MARIA. Mas cuando le invito yo...

IGNACIO. Y si debo enmudecer?
Y si la fatalidad
que hoy en mi lealtad se ceba
intenta poner á prueba
mi ya vencida lealtad?

MARIA. Es posible?

IGNACIO. Sí, señora;
porque la mujer que alienta
mi timidez y alimenta
esta llama abrasadora,
la que enciende el alma mia
con la luz radiante y pura
de su ideal hermosura,
es usted, usted, María!

MARIA. Qué escucho! Conque es por mí?

IGNACIO. Por usted.

MARIA. Dios mio!

IGNACIO. (Esto
se llama envidar el resto;
ahora me arroja de aquí.)

MARIA. Conque es cierto? Usted—oh! cuánta
es mi emocion! mi sorpresa!

IGNACIO. (No se enoja.)

MARIA. Usted se expresa
con tanta pasion y tanta...
Despues de esta explicacion.
qué me resta hacer? Callar,
y huir de usted... y ocultar
la pena en el corazon.

IGNACIO. Pena?

MARIA. Sí, y grande en verdad.

IGNACIO. Pero en fin, ¿de dónde nace?

MARIA. Nace de que el amor hace
que peligre la amistad;
nace, de que soy mujer,
y mandan leyes impías

que inmole mis simpatías
en el altar del deber.

IGNACIO. (Me lo habia figurado.)

MARIA. (Cómo haré?)

IGNACIO Y en lontananza
no habrá una luz de esperanza?

MARIA. No. (Ya lo hallé.)

IGNACIO. (Se ha turbado.)

MARIA. Va usté á hacerme una promesa.

IGNACIO. Cuanto exija: diga usté.

MARIA. Sí? pues bien, no quiero que
se realice la union esa.
Abandone usted esta casa,
y hasta que yo lo resuelva
no vuelva usted; y no vuelva
á pensar más en Tomasa.

IGNACIO. (Y está celosa!)

MARIA. Muy grande
quizá el sacrificio sea.

IGNACIO. Basta: si usted lo desea
me resigno á cuanto mande.

MARIA. Gracias.

IGNACIO. Pero volveré
y...

MARIA. Silencio.

IGNACIO. Más.

MARIA. Me voy.

IGNACIO. Una palabra.

MARIA. No... estoy
sobresaltada y... (Triunfé.)

IGNACIO. Es verdad.

MARIA. (Mi antagonismo
no ha adivinado.) Hasta luego.

IGNACIO. Hasta despues.

MARIA. (Pobre ciego!)

IGNACIO. (Como lo pensé; lo mismo.)

ESCENA VIII.

IGNACIO.

Preciso es que yo recobre

la serenidad... la calma.
Ángel! Ángel de mi alma!
Pobre amigo mio! Pobre!
Y debo ausentarme... sí.
De otra suerte... si me quedo,
yo me conozco... no puedo
yo permanecer aquí.

ESCENA IX.

IGNACIO, D. FACUNDO.

FAC. Ea! Ya estamos de vuelta.
IGNACIO. (Ahora éste. Pues llega á tiempo:
si me llega á apurar mucho!...)
FAC. Don Ignacio! Está usted bueno?
IGNACIO. Bien, gracias.
FAC. Le encuentro á usted
en casa; cuánto me alegro!
Salió Ángel?
IGNACIO. Sí, señor.
FAC. Bien. ¿Qué dice usted de nuevo?
IGNACIO. Nada. (Pausa.)
FAC. Está usted malo?
IGNACIO. No.
FAC. Hombre. bien: pues lo celebro. (Pausa.)
Arregló usted sus asuntos?
IGNACIO. Aún no.
FAC. Pues hombre, lo siento. (Pausa.)
No ha salido usté esta tarde?
IGNACIO. Sí, señor.
FAC. Hombre, bien hecho. (Pausa.)
Hace una tarde excelente.
No es verdad?
IGNACIO. Sí.
FAC. Qué buen tiempo.
Pues nosotros... Tomasita
saldrá otra vez por supuesto.
Abajo está el carruaje
y aún daremos un paseo.
Quiere usted acompañarnos?

IGNACIO. Yo? (Sí, pues estoy yo bueno.)
FAC. Esta tarde me he acordado
de usted.
IGNACIO. Sí?
FAC. Mas no me atrevo...
Fuimos á la *Dalia azul*
á comprar varios trebejos.
Comprende usted? Hay allí
tanta variedad de objetos,
y como sé que usted fuma,
me acordé...
IGNACIO. Estimo el recuerdo.
FAC. No vale nada. Con todo,
si usted se digna...
IGNACIO. Y qué es ello?
FAC. Una pipa. Ve usted... Y no,
no deja de tener mérito;
es un capricho alegórico
de mucho gusto.. y muy nuevo.
Ve usted? una pastorcita
acariciando á un borrego,
símbolo de mansedumbre...
Me comprende usted?
IGNACIO. Comprendo.
FAC. Pues ahora no tiene vista.
Cuando se vaya poniendo
negra... Quiere usted que yo
se la aculote?
IGNACIO. No.
FAC. Bueno. (Pausa.)
IGNACIO. Don Facundo, yo tenia
que hablar á usted...
FAC. Pues hablemos.
IGNACIO. El caso es, que esta mañana
he recibido el correo,
y con él varias noticias
que esperaba.
FAC. Sí? Me alegro.
IGNACIO. Noticias desagradables
para mí.
FAC. Hombre, lo siento.
IGNACIO. La cuestion es grave... mucho.

Y... á pesar mio, me veo
obligado á marchar...

FAC. Cómo!
Á dónde?

IGNACIO. Á... (Cuanto más léjos...)
Á Alemania... Mas despues
iré más allá.

FAC. Y no hay medio
de evitar...

IGNACIO. No hay medio alguno.

FAC. Por vida! Qué contratiempo.

IGNACIO. Por lo tanto convendría
dejar por ahora en suspenso...

FAC. Qué dice usted?

IGNACIO. Digo... que
en vista de este suceso
inesperado, conviene
suspender nuestro proyecto...

FAC. Qué es eso de suspender?
Á ver? Á ver? No comprendo.
¿Suspender, ó diferir?
No confundamos los verbos.

IGNACIO. Son iguales.

FAC. No señor.
El uno señala un término;
y el otro... Usted me comprende?
Con claridad expliquémonos.
Á mí me gustan las cosas
claras, claritas.

IGNACIO. Pues eso...

FAC. En la situacion en que ambos
nos hallamos, y atendiendo
á la gravedad del caso,
creo que tengo derecho
á que me confie usted
el motivo verdadero
de esta marcha repentina.
Ha de ser grave.

IGNACIO. En efecto.
Mire usted si yo tendré
razon...

FAC. Vaya usted diciendo.

Deme usted esa razon.

IGNACIO. Cuál?

FAC. La que sea.

IGNACIO. No puedo.

FAC. Por qué?

IGNACIO. Por otra razon.
mayor. (Porque no la tengo.)
Asuntos son de la empresa...
me recomienda el secreto.

FAC. Pero hombre, á mí...

IGNACIO. Usted dispense,
pero es fuerza... Yo lo siento.

FAC. Hum! Pues señor, lo que es yo
no me quedo satisfecho.
No me conformo á que usted
guarde conmigo silencio,
y lo que tanto se oculta
de seguro que no es bueno.
Calla usted?

IGNACIO. Hay circunstancias...

FAC. Ninguna disculpa el hecho.
Marcharse sin presentar
razon plausible... Qué es esto?
Calla usted, eh? Cuando yo
digo que no me convenzo!—
Bah! quiere usted que le diga
con franqueza lo que pienso?
Pues pienso que lo que usted
quiere es hallar un pretexto...

IGNACIO. Don Facundo.

FAC. Nada, nada.
Me juzga usted á mí tan necio?
No tiene otra explicacion
su proceder indiscreto,
por no decir descortés!

IGNACIO. Señor mio!

FAC. Caballero!
Conmigo no hay que emplear
subterfugios ni rodeos.

IGNACIO. Esas frases...

FAC. Las provoca,
el mal disfrazado intento

que usté abriga, de burlar
mi buena fe... mi...

IGNACIO. Le advierto
que va á dar lugar...

FAC. Á qué?
Á acordar un rompimiento
decisivo? Por mi parte
ya libre me considero...

IGNACIO. En tal caso tambien yo...

FAC. Pues desde este momento.
Me gustan las situaciones
despejadas. Eso, eso!
El pan, pan; y el vino, vino.
Y lo que hay que hacer, á hacerlo!
No sé si usted me comprende.
Me comprende usted? pues bueno.
Mas ya que usted ha expresado
tal cual es su pensamiento,
le diré que su conducta
es reprensible en extremo,
y por consiguiente, indigna
de un hombre leal y recto.

IGNACIO. Poco á poco!

FAC. Accion punible!

IGNACIO. Basta ya! Yo no tolero...

FAC. Lo repito.

IGNACIO. Don Facundo!

ESCENA X.

MARÍA, TOMASA, IGNACIO y D. FACUNDO.

TOM. Papá!

MARIA. Qué voces? qué es esto?

IGNACIO. (Llegó el instante terrible.)

FAC. No es nada. Este caballero...

TOM. Qué ha sucedido?

IGNACIO. Por Dios!
Don Facundo, yo le ruego...

FAC. Si me irá usted ahora á decir
lo que he de hacer? Ya comprendo
que delante de usted no

es conveniente ni cuerdo
que Tomasita reciba
desaire tan manifiesto.

TOM. Cómo?

FAC. Basta que los dos
desistamos.

TOM. Cómo es eso?

FAC. Ya está usted en libertad.
No era ese su deseo?
Pues por mi parte ya he dicho
que el enlace está deshecho.

TOM. Qué?

FAC. Nada, ahora no está bien
que tú te enteres... Yo luego
te enteraré.

TAM. No es preciso.
De todo enterada quedo.

FAC. Pues cómo es eso? Has logrado
comprender?...

TOM. Lo que comprendo
es que soy yo misma quien
ha prevenido el suceso.
Yo he debido anticipar
el caso. Razones tengo,
que ni suenan en mis labios,
ni son para este momento.
Crédula fuí: el desengaño
llega por fortuna á tiempo,
y á fe que ni aun dejará
la menor huella en mi pecho.

IGNACIO. Señorita...

TOM. Lo que yo
suplico á este caballero,
es que no interponga excusas
que ni admito ni apetezco.
Y en cuanto á su digna accion,
que redunda en mi provecho,
si él promete no volver
á hablarme, yo le dispenso.
Vamos, papá?

IGNACIO. (Pues la niña
se explica que es un portento.)

FAC. No sé si usted la comprende.
Ha comprendido usted esto?
IGNACIO. (Estoy confundido!)
TOM. Vamos?
FAC. Calma. No precipitemos
las cosas. Ángel no tiene
la culpa; veré si ha vuelto.
Yo le diré... (Se van.)
IGNACIO. Qué he hecho yo?
Me hallo indeciso, perplejo.
Qué es esto que siento aquí?
Qué inquietud es esta? Cielos!
Á que he hecho yo un disparate?
Á que ahora que la dejo
es cuando la quiero más?
Á que he hecho mal?—Mal
he hecho!

ESCENA XI.

IGNACIO, MARÍA.

MARIA. (Al fin se salvó Tomasa!)
IGNACIO. Por María! Cuando pienso
que por ser ella inconstante,
perjura y falsa...
MARIA. (Habrá necio!)
IGNACIO. Que esa mujer deposite
la amarga duda en el pecho
de un hombre honrado y leal,
bueno; porque yo soy bueno,
y ella no.
MARIA. (Esto me faltaba!)
IGNACIO. Y aun pensará que la quiero.
Antes me era indiferente,
pero ahora la detesto!
MARIA. (Presentándose resueltamente delante de Ignacio.
Qué me place! Tambien yo
consagro á usté el mismo afecto.
Aquí es donde yo queria
cogerle á usted.
IGNACIO. Eh? Qué es esto?

MARIA. Que se quitó usted la máscara,
que todo está descubierto.
Es usted el leal amigo?
el noble, el honrado, el bueno?
IGNACIO. Eh? Qué dice usted? Y aún
se abroga usted el derecho
de interrogarme?
MARIA. Pues no?
IGNACIO. Qué cambio es este? Comprendo.
Usted sabe que mi amor
era fingido, y por eso...
disimula.
MARIA. Yo?
IGNACIO. Está claro.
Lo comprendiera el más lerdo,
pero prudencia; ya todo
se acabó; me marcho.
MARIA. Eso
es lo mejor.
IGNACIO. Sí, y mejor
cuanto más pronto; no quiero
presenciar esta... me voy.
MARIA. Pero solo, por supuesto?
IGNACIO. Es claro.
MARIA. (Gracias á Dios!
no pensaba yo obtenerlo
tan fácilmente, y sin que Ángel...)
IGNACIO. Guardemos, por Dios, silencio!
que Ángel no sepa... si el pobre
Ángel, tan confiado y bueno,
sabe al fin que usted me ama...
(Ángel acompañado de Tomasa y D. Facundo aparece en la puerta del foro)

ESCENA XII.

MARÍA, TOMASA, ÁNGEL, IGNACIO, D. FACUNDO.

ANGEL. Qué escucho?
FAC. Qué hay?
TOM. Qué es esto?
IGNACIO. Siempre ese amor...

MARIA. Calle usted.
IGNACIO. Quedar debe en el ministerio.
ANGEL. (Avanzando rápidamente.)
Infames.
IGNACIO. Ángel!
MARIA. (Sobrecogida.) ¡Dios mío!
ANGEL. Sí, yo no acierto á dar crédito...
IGNACIO. Óyeme.
MARIA. Óyeme á mí
TOM. Qué pasa?
FAC. No lo comprendo.
(Cae rápidamente el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

IGNACIO, ÁNGEL.

ÁNGEL. Solos estamos por fin,
y usted, caballero, usted!...
IGNACIO. Chico, no uses ese tono...
Qué diablos! Ya te expliqué...
ÁNGEL. Explicacion semejante
no me ha de satisfacer.
Más clara satisfaccion
necesito y la obtendré!
IGNACIO. Hombre! por la Vírgen, deja
esa entonacion cruel.
No me conoces? ¿presumes
que yo me he de enfurecer
como héroe de Calderon
de la Barca ó de Corneille?
Advierte, porque podamos
entendernos de una vez,
que yo, en todo caso, soy
personaje de entremés.
ÁNGEL. Ofendido estoy y anhelo

vengar mi ofensa.

IGNACIO. Y en quién?

ANGEL. En tí.

IGNACIO. Pues ya estás vengado.

ANGEL. Vengado!

IGNACIO. Pues claro es.—
En la forma que conviene
á mi manera de ser,
y en breves palabras, llenas
de franqueza y sencillez,
voy á hablarte; ven acá,
y escucha y juzga despues.
Que nos tuvimos cariño
lo sabes tú y yo lo sé:
cuando vivia sintiendo
dos efectos á la vez,
el de mi padre y el tuyo,
¡qué bien vivia! ¡qué bien!
Franca amistad hácia tí!
Profundo amor hácia él!
Murió mi padre; y al término
de su cansada vejez,
recibí de tí consuelos
que jamás olvidaré.
Despues ya sabes que tuvo
lugar el suceso aquel...
recuerdo de un bien soñado
que no alcanzo á merecer.
¿Sabré yo que soy indigno
de merecerle? Despues
dime á correr por el mundo,
y en su confusa Babel
entibiado mi recuerdo
y amortiguada mi fe,
llegué á dudar del amor
y de la virtud tambien.—
Ten calma;—Tomasa vino
á regenerar mi ser.
Lo que á su vista sentí
explicarte no podré.
La hablé, la seguí constante,
la hallo en tu casa despues,

y al encontrar en tu casa
cuanta ventura anhelé,
caí, por torpes resabios
del mundo, en mi propia red;
y la ofendí y te ofendí...
y ofendí á María!... Bien!... (Con risa irónica.)
Soy el ente más ridículo
que existe en la redondez
de la tierra.

ÁNGEL. (Está en su juicio?)

IGNACIO. Véngate! no me has de hacer
más infeliz; porque, Ángel,
ya yo te he vengado bien.
¿Dudas que mi desventura
sea tan inmensa?... Pues
ya que estamos solos, bajo,
muy bajo te lo diré.
Yo quiero á Tomasa todo
cuanto me es dado querer,
y hoy la perdí para siempre!
Lo sé! ¡vaya si lo sé!
Tu amistad era mi dicha;
la perdí; lo sé tambien.
Juzga ahora si estás vengado;
si aún lo dudas, mírame.
Ecce homo. Aquí me tienes.
Conque, Ángel, hasta más ver.

ÁNGEL. (Pobre Ignacio.)

IGNACIO. Ángel, ¿no estrechas
mi mano la última vez?

ÁNGEL. (Volviendo la cabeza hácia Ignacio al tocar su mano.)
Qué es eso?

IGNACIO. Soy nerviosillo.
No hagas caso. Corro á hacer
mi maleta y en seguida
á empaquetarme en el tren
y en marcha.

ÁNGEL. (Vaya con Dios!)

IGNACIO. Lo que yo he perdido... qué!
Cuándo me veré yo en otra?
Nunca más! Qué me he de ver!

ESCENA II.

ÁNGEL, luego D. FACUNDO.

ANGEL. Vaya con Dios! Él lo quiso,
que pene; la culpa es de él!
Pero á dónde irá?... Infeliz!
¡Qué desdichado va á ser!

FAC. ¿Está usted solo?
(Asomando cautelosamente por la puerta izquierda.)
Está solo.
(Volviendo á hablar hácia adentro.)

ANGEL. Qué ocurre?

FAC. Yo no lo sé:
solo sé que Tomasita
desea hablar con usted.

ESCENA III.

MARÍA, TOMASA, ÁNGEL, D. FACUNDO.

TOM. Cuenta con mi intercesion
aunque no la has menester.
No es verdad, Ángel?

ANGEL. Qué es ello?

TOM. Que ya el disgusto se fué.
Que tiene usted una esposa
buena, cariñosa y fiel.
Que ya de su intento loco
arrepentida se ve.
Que la arrojó á tal empeño
el amistoso interés
que la inspiro, y el deseo
de evitar que fuera usted
á picos pardos, acaso
olvidando en la babel
de Paris, á un tierno hijo
y á una excelente mujer.
Y que por fin, hizo mal
pensando solo hacer bien.

ANGEL. Pudo hacer más, si mal hizo.

TOM. Reparable ese mal es.
ANGEL. Su bondad de usted la excusa;
TOM. Y la absuelve la de usted
su culpa...
ANGEL. La culpa suya
no es tan fácil de absolver.
TOM. Poco mi súplica vale.
ANGEL. No, sino mucho. ¿Y usted..
usted por ella intercede?
TOM. Y cómo no interceder
si fraguó su propio mal
codiciosa de mi bien?
Ni es, si bien se considera,
tan grave el caso.
ANGEL. No? Pues
no se hable más de un asunto,
del que yo la hago á usted juez.
si usté el ejemplo me da
olvidándolo tambien.
TOM. En lo que concierne á mí
de poca importancia es:
olvidado está.
ANGEL Es decir
que usted pordona?
TOM. Yo? Á quien?
ANGEL. Á Ignacio.
TOM. ¿Pues pudo Ignacio
ofenderme? No hay por qué.
Ni él tiene que ver conmigo...
ANGEL. Tomasa!
TOM. Ni yo con él.
Á más que el caso es distinto:
usted ya logró obtener
cumplida reparacion
y yo... jamás la obtendré.
ANGEL. (Pobre diablo! está perdido!)
FAC. (Yo no acabo de entender...)
TOM. Y usted me hace recordar
que atendiendo sólo al bien
de María, que es el mio,
desatendí mi deber.
No extrañe usted que me aleje

de esta casa. Vamos? (Á D. Facundo.)

FAC. (Saliendo de su distraccion.) Qué?

TOM. Sea usted indulgente con ella.
Muéstrate amable con él. (Á María.)
Adios.

FAC. (Yo me he de enterar.
Pues lo que es yo he de volver.)

ESCENA IV.

MARÍA, ÁNGEL.

MARIA. Todo lo olvida Tomasa;
en su corazon no hay hiel.

ANGEL. Todo? No lo olvida todo.

MARIA. Es cierto. ¡Cómo ha de ser!
Es altiva... la humillaron...

ANGEL. Ya recuerdo el lance aquel...
Yo no absuelvo á Ignacio; pero
si halló sin juicio y sin fe
la ocasion de su desdicha,
quién se la previno, quién?
¿Quién le hizo formar la idea
más mala de la mujer?
¿Quién promesa le exigió
que jamás debiera hacer?
¿Fué suya toda la culpa?

MARIA. Vamos!

ANGEL. Tuya tambien fué.

MARIA. Mi pensamiento...

ANGEL. Fué malo.

MARIA. Mi intencion...

ANGEL. Mala tambien!

MARIA. ¿No has de perdonarme, en fin?

ANGEL. Mira tú cómo ha de ser!

MARIA. Yo obedeceré sumisa
cuanto ordenes. ¿Qué no haré
por reconquistar tu amante
confianza? Sé tú juez;
pon á prueba mi obediencia,
ordena y juzga despues.

ANGEL. Aunque no pase tu culpa

que hasta eso he de conceder,
más allá de tu imprudencia,
grande tu imprudencia fué!
El castigo que te impongo
muy grande tiene que ser.

MARIA. Yo aceptaré resignada
el que me impongas.

ANGEL. Pues bien;
Ignacio quiere á Tomasa
y desdichado va á ser:
Tomasa por tí intercede,
intercede tú por él.

MARIA. Es inútil.

ANGEL. Pues advierte
que ese tu castigo es.
Yo en tanto, segun resuelva
Tomasa, resolveré.
Logre él por tí su perdon
y el mio otorgo tambien.

MARIA. Ángel, eso es imposible.

ANGEL. Tú verás cómo ha de ser.
Ese es tu castigo.

MARIA. Ángel!...

ANGEL. Ese tu castígo es.

ESCENA V.

MARÍA, D. FACUNDO.

MARIA. Cómo la persuado yo?
¿Qué haré, Dios mio, qué haré?
Malhaya, amen, mi imprudencia!
Malhaya mi empeño, amen!
Corro á verla.—¿Y qué tenemos
conque yo la vaya á ver?
No hay quien la persuada, nadie:
si yo la conozco bien.

FAC. Ya me tiene usted de vuelta;
con que... ¿qué me dice usted?

MARIA. Qué más quiere usted que diga?

FAC. Ya comprendo...

MARIA. ¿Puedo hacer

más que confesar mi error
y arrepentirme?

FAC. De qué?
¿Habla usted de Ignacio?

MARIA. Ignacio
será culpable... lo es.
No trato yo de apoyar
su increible insensatez;
harto lamento la mia,
inconcebible tambien.
Pero... usted lo sabe; se halla
nuestro impresionable ser
sujeto á errores. El nuestro
aún grave, pondrá tal vez
culpa en nuestra mente loca,
no en nuestra alma amante y fiel.

FAC. Me asombra lo que usted dice.

MARIA. Y es bien que le asombre á usted.
Parece cosa increible
pensar mal y sentir bien.
Quién creerá que á un mismo tiempo
residan en nuestro ser
duda y despego en la mente
y en el alma amor y fe?

FAC. Miren eso! Conque... (Nada!
no acabo de comprender...)
Pues aunque usted la disculpa
la accíon es fea.

MARIA. Lo es.

FAC. No se hable de ello. Que sea
ó no sea hombre de bien,
él verá; lo que es nosotros
no tenemos ya que ver...

MARIA. Pero es que está enamorado.

FAC. Fnamorado? De quién?

MARIA. De Tomasa.

FAC. Bah! Eso sí
que no lo creo.

MARIA. Lo sé.
Me consta.

FAC. Sí? Pues entónces
tanto peor para él.

Tomasa ni aun verle quiere.

MARIA. Por qué tan cruel?

FAC. Por qué?
Pues me gusta! Ya ha olvidado
usted el desaire aquel?...
Ni Tomasa estaba tan
enamorada... ni... qué!
Le queria, le estimaba...
Y, en fin, como yo tambien
la inclinaba... pero ella,
á lo que logro entender,
da lugar allá en su mente
á otras ideas... ello es
que en su corazon oculta
una pasíon...

MARIA. Hácia quién?

FAC. Toma! hácia las violetas.
Las quiere mucho.

MARIA. Ya sé.
Es fuerza que yo la vea,
que la hable.

FAC. Venga usted.

MARIA. No, no es eso... Qué haré yo?
(Lo que me conviene es
prevenir una entrevista,
y de esta manera...)

FAC. Qué?

MARIA. Voy á darle á usté un encargo
importante.

FAC. Está muy bien.

MARIA. Va usté á decir á Tomasa
qué venga.

FAC. No va á querer.

MARIA. Entónces mejor será...
Hágame usted la merced
de llevarla una tarjeta
que exprese... Aquí he de tener
mi tarjetero... Usté excuse
la molestia...

FAC. No hay de qué.
Pero estando Ignacio en casa
temo que no ha de acceder...

MARIA. Diga usted que ya ha partido.
FAC. Ha partido?
MARIA. No... sí.
FAC. Qué?
MARIA. Nada. Me interesa tanto
que venga á verme. Esto es.
(Entregando á D. Facundo la tarjeta despues de escribir en ella.)
En usted confio.
FAC. Bueno.
(Pues señor, sigo en Belen)

ESCENA VI.

MARÍA, IGNACIO

MARIA. Vendrá? Sí. Si no viniera...
IGNACIO. (Entrando en traje de camino.)
Ea! En marcha. Oh! María!
MARIA. En usted estaba pensando.
Suspenda usted el viaje.
IGNACIO. Oh, dicha!
Tan dispuesta en mi favor
mi inexorable enemiga!
MARIA. No me haga usted recordar
mi inadvertencia excesiva.
Ya de todo me olvidé.
¿Me guarda usted todavía
rencor?
IGNACIO. Rencoroso yo?
Si no lo he sido en mi vida.
cómo pudiera ahora serlo
con quien es la bondad misma?
Conque sepamos: ¿es cierto
que la encuentro á usted propicia?
MARIA. Sí. Ya he llamado á Tomasa...
IGNACIO. Y vendrá? Mucho me admira.
MARIA. No sabe que está usté aquí,
porque entónces no vendria.
IGNACIO. Lo ve usted? Pues esa frase
es la que todo lo explica.

Para siempre la perdí.
Yo ruego á usted que desista...
Si no cabe compostura...
Si todo cuanto se diga...
Si lo que yo he hecho con ella
aturde, espanta, horripila!
¡Pues no faltaba otra cosa;
sino que despues de vista
mi gran hazaña, llegara
yo ahora con mis manos limpias
invocando su bondad,
y con cara compugida
y voz melosa, diciéndola:
«perdone usted, señorita;
ya sé yo que la he ofendido,
que la he dejado corrida;
más, mire usted, ya me pesa,
y vengo á que usted me diga
que es más inmenso su amor
que mi veleidad inícua!»
Calle usted! Si pretender
eso ..

MARIA. Usted me desanima.
Bien veo que el lance es serio.
Y luego, ella es tan altiva...
Bonita es ella?

IGNACIO. Eso sí.
Ya lo creo que es bonita!
Hermosura más perfecta!...
Y desde que huye mi vista
veo que sus perfecciones
mayores no son las físicas.
¡Qué digna y qué delicada!
¡Qué discreta y qué sentida!
Al revés que yo. Yo en todo
y por todo soy su antípoda,
y no merezco siquiera
besar por donde ella pisa.
Vaya con Dios! Yo ya me hallo
conforme con mi desdicha.
Lo que á mí me desespera
y me abate y me contrista

no es perderla para siempre;
sino que venga ahora un quidam,
y la pretenda, y la acose
con miradas y sonrisas,
y la llama sol... y aurora,
y en fin, esas tonterías
que se dicen. Esta idea
me atormenta y me horroriza.

MARIA. Deséchala usted, Tomasa
no quiere á nadie: es esquiva
su condicion, y no es fácil...

IGNACIO. Hará bien. Y si me imita...
Para mí ya se acabaron
las mujeres. No es mentira.
Yo á ninguna he de buscar;
y si alguna se me arrima...
(Amenazando con el brazo.)
Dispense usted.

MARIA. (Sonriendo.) No hay de qué.
No me doy por aludida,

IGNACIO. Usté es mujer sin embargo;
y es mucha descortesía...
(Repite la accion.)
Si es que estoy... no sé qué tengo;
pero estoy... si bien se mira
yo creo que mi cabeza
no está... ¿eh? Usted qué opina?
No ha llegado usté á pensar
que estoy loco?

MARIA. ¡Ave María!

IGNACIO. Pues yo sí.

MARIA. Jesús! (Retrocediendo.)

IGNACIO. No hay miedo,
no; mi locura es pacífica.

MARIA. Sí; bien se deja advertir
que un hondo pesar le agita.

IGNACIO. Sí señora.

MARIA. Tiene usted
desencajada la vista.
Está usted febril.

IGNACIO. Lo estoy.
Pasé una noche malísima!

Y... tengo fiebre. Y me alegro:
así fuera la amarilla!

MARIA. No diga usted eso.

IGNACIO. Bah!
Así como así esta vida!...
Pero... cá! mi última hora
no ha llegado todavía.
Yo aún viviré muchos años
para llorar mientras viva
mi culpa.

MARIA. Pero ¿por qué
se marcha usted? su partida
me entristece. Porque ¿adónde
va usted?... ¿Qué móvil le guia?
Yo no veo...

IGNACIO. Yo tampoco.
No veo luz; ni una chispa.
Ya se acabó el tiempo aquí
en que un amante se iba
desesperado á la guerra
y desahogaba su ira
en el prójimo inocente
que ningun daño le hacia.
Pero ahora... ya no hay más guerras
que las guerras intestinas...
ni yo tengo inclinacion...
mi índole es dulce y tranquila.
Pero no sé... Á mí me gusta
la vida contemplativa...
Mas dónde hallar un rincon
para ir á acabar mis dias?
Ya no hay frailes. No, y me alegro.
No soy yo tan egoista.

MARIA. ¡Qué extraña combinacion
de ideas! ¡Qué algarabía!
¿Si estará loco de veras?)

IGNACIO. No tengo ni esa salida,
nada. ¡Como no me vaya
de misionero á la India!

MARIA. Déjese usted ya de bromas.

IGNACIO. Bromas, eh? para bromitas
estoy yo.

MARIA. Vuelva usté en sí.
Deje usted esa ironía.
Dé usted lugar en su mente
tan solo á una idea fija;
a una tan solo.

IGNACIO. Ya está.
(Como asaltado de una idea repentina.)

MARIA. Cuál es?

IGNACIO. Una muy sencilla.
Voy á fundar un asilo
frente de la vicaría:
coronando la fachada
habrá un letrero que diga
esta copla popular
del pueblo tan conocida:
«Allí en frente dan de balde
la salud y la alegría,
y aquí se compra muy caro
el dolor y la desdicha.»

ESCENA VII.

MARIA, IGNACIO, D. FACUNDO.

FAC. María.

MARIA. ¿Quién? Don Facundo.

FAC. Está usted sola? (Por vida!...
Siento que no esté usté sola!)

MARIA. Por qué?

FAC. Ahí está Tomasita.
Mas yo vengo...

MARIA. ¿Dónde está?

FAC. Quedó en la estancia contigua.
Me he adelantado, porque
ya era cosa convenida
que ignorase... ¿usted comprende?
Es circunstancia precisa...

MARIA. Tráigala usted.

FAC. Pero es que...
Como está usted en compañía...

MARIA. Sola me hallará.

FAC. Entónces...

hágase como usted diga.
Usted allá comprenderá
su intencion; la juzgo digna
por ser de usted, pero yo
no comprendo ni una sílaba.
Voy allá.

ESCENA VIII.

MARÍA, IGNACIO.

MARÍA. Váyase usted.
Ruego á usted que no me pida
explicaciones. No hay tiempo.
Cuando empiece mi entrevista
con Tomasa, venga usted.
IGNACIO. Ha venido?
MARÍA. Sí.
IGNACIO. María!
Qué buena es usted!
MARÍA. Adentro.
IGNACIO. Le daré mi despedida.

ESCENA IX.

MARÍA.

Se negará? ¿No tendré
yo el ascendiente bastante
para convencerla? Oh!
Si mi voz no le persuade ..

ESCENA X.

MARÍA, TOMASA.

MARÍA. Bien venida.
(Saliendo con alegría al encuentro de Tomasa.)
TOM. Aquí me tienes.
No dirás que no hago alarde
de obediente.
MARÍA. Ya sé yo

que tú me quieres.

TOM. ¿Lo sabes?

(Ignacio asoma la cabeza por el portier. María le hace ocultar con una seña.)

Pues con eso estoy pagada.
¿Habeis hecho ya las paces?

MARIA. Cómo no? Valiendo tanto
tu intercesion!

TOM. Que me place!

MARIA. Venga usté acá, señorita!

(Presentando un a iento á Tomasa.)

Conque tiene usté carácter
tan inflexible!

TOM. ¿Á qué viene?...

MARIA. Tan intransigente!

TOM. Dale!
En qué te fundas?

MARIA. Me fundo
en lo que ha dicho tu padre.

TOM. Qué ha dicho?

MARIA. Ha dicho... que. . vamos!
Ven acá! Voy sin ambajes
á entrar en mi asunto; á ver
si te encuentro razonable.

TOM. Pues de qué se trata?

MARIA. Anda!
que demasiado lo sabes.

TOM. Explícate.

MARIA. No era ya
cosa resuelta tu enlace
con Ignacio?

TOM. Ah! ¿es de eso
de lo que quieres hablarme?

MARIA. Pues de qué? Pues hay acaso
asunto más importante?

TOM. Para mí...

MARIA. Cuando me oigas...

TOM. Mejor es que no te canses.

MARIA. Conque es decir que insensible
desoirás mi suplicante
ruego!

TOM. Pero qué pretendes?

MARIA. Que olvides... Nada más fácil
que obedecer los impulsos
de tu corazon: no cabe
en él la fiera cruedad
con que pretendes en balde
disfrazar los generosos
sentimientos que en él laten.
Vé que Ignacio los invoca
pesaroso y suplicante.
Si tú supieras lo horrible
que es tener que reprocharse
de un mal pensamiento! Dígalo
yo, que he sido harto culpable.

TOM. Absorta estoy! Tú intercedes
con tal fe y razones tales
en pro de Ignacio, de un hombre
de quien recelabas ántes?

MARIA. Su error dió orígen al mio,
ligera anduve en juzgarle.

TOM. Será así, pero hay errores
que no los disculpa nadie.

MARIA. Mayor será tu bondad
cuanto la culpa más grande.
Piensa que si nuestro ruego,
nuestro amor no te persuade,
perdida toda esperanza
acaso llegue... ¡Quién sabe!
Temo que en pesar profundo
ponga fin...

TOM. Qué disparate!
No lo temas.

MARIA. Pues yo sé...

TOM. Qué has de saber? Nada sabes.
Pero, en fin, aun suponiendo
que al cabo en mi pecho labren
tus razones, y decida
olvidar mi ofensa grave,
¿quieres que acepte de nuevo
mi desventurado enlace?
¿Quieres, en fin, que pronuncie
un sí al pie de los altares
sin que el rubor del perjuicio

se dibuje en mi semblante?

MARIA. ¿Qué dices? De ningun modo:
no trato yo de impulsarte...
ni es propio de tí;—mas yo
(Ignacio se deja ver detrás del portier desaparecien-
do á una seña de María.)
no concibo semejante
mudanza. Si ántes le querias,
¿cómo te ha sido tan fácil
trocar tu cariño?...

TOM. Óyeme,
que mi corazon va hablarte.—
Tú me lo has dicho. Hace tiempo
que me sigue á todas partes
un recuerdo: es el de un ser
en quien me fijé un instante
bajando al punto la vista
estremecida y cobarde.
Él mi ramo de violetas
recogió; quizá aún le guarde.
Recobrarle esperé un dia.
Bien lo ves! Esperé en balde.
No le ví más; pero yo
forjé en mi mente su imágen,
segun la ocasion y el sitio
donde pudo impresionarme.
Vióme Ignacio; me siguió
con solicitud constante.
Por su fortuna, no sé
cómo es que vino á mezclarse
mi recuerdo con su amor,
que al fin logró interesarme,
y agradecida y gustosa
le escuché, ya que no amante.
Y ¿qué más te he de decir?
Suponia cualidades
en él que hasta cierto punto
encontré en su trato afable.
Juzgué que eran sus rarezas
dimanadas de un carácter
superficial, sin creerle
capaz de accion reprochable:

Así creí, cuando tú
le impugnabas ayer tarde:
papá dispuso mi union,
y así la aceptaba ántes.
Pero, ahora, cuando aparece
por su accion indisculpable,
vulgar, pequeño, á medida
que le anhelé digno y grande.
¿quieres que aún quede en mi pecho
razon que en su pró me hable?
Vamos, dime todavía
que le contemple y le ame;
y ahora quiero yo á mi vez
encontrarte razonable.

MARIA. Es mucho asunto! no encuentro
razones con que obligarte...

TOM. No las hay.

ESCENA XI.

MAMÍA, TOMASA, IGNACIO

IGNACIO. Si me permiten ..

TOM. Quién? María!
(Levantándose y dirigiendo á María una mirada de reconvencion.)

MARIA. (Fiero trance!)

TOM. Esto ha sido una traicion!

MARIA. Yo te aseguro...

IGNACIO. Un instante.
(Viendo que Tomasa se dispone á salir.)
Dígnese usted aceptar
la intencion que aquí me trae:
es la expresion de una eterna
despedida.

TOM. (No te marches.)
(Á María, que ocupa segundo término: María despues de los primeros versos de la escena siguiente, desaparece cautelosamente por el foro.)

ESCENA XII.

TOMASA, IGNACIO.

IGNACIO. Oh! tranquilícese usté.
(Contrariado por la inquietud de Tomasa.)
No abrigo la pretension
de conseguir su perdon:
no le merezco, lo sé.
¿Puedo yo amar sin sentir?
Hay hombres, en conclusion,
sin alma y sin corazon,
de lo que es preciso huir;
y sabiendo usted que formo
lista entre los más impíos
huye usted los pasos mios,
y lo siento y me conformo.

TOM. Yo no he dicho...

IGNACIO. Yo lo sé,
porque lo veo lo siento.
Por el error de un momento
por él me ha juzgado usté.

TOM. Y he juzgado mal?

IGNACIO. Oh! mucho!
Y usted acaso mudara
de opinion, si me escuchara
un solo instante.

TOM. Ya escucho.

IGNACIO. No le pido á usted su amor,
sé que no lo he merecido;
mas, pues de usted me despido
llena el alma de dolor;
ántes de partir de aquí,
la pruebo deseo dar
de lo bien que sabe amar
el alma que alienta en mí.
—Hace algunos años. Era...
el dia nueve de Febrero;
dia que guardo y venero.
¡Memoria imperecedera!
Y es bien que mi alma taladre

su recuerdo funerario;
es el de el aniversario
de la muerte de mi padre.
En él con cristiano ejemplo
su santa memoria honré;
y en el templo penetré
buscando la paz del templo.
Ante mí...—dulce quimera,—
de hinojos ante el altar
vi una mujer singular;
una niña... un ángel era.
Un velo su faz cubria.
Profunda abstraccion guardaba.
Yacia inmóvil. Oraba.
Su oracion dictó la mia.
Mi labio la murmuraba;
mi corazon la sentia,
y de ella la recibia,
y á mi padre la enviaba.
Un punto á través del velo
en mí fijó su mirada.

TOM. (Dios mio!)

IGNACIO. Y como turbada
se humilló la mia al suelo.
Extraña inquietud sentí;
volví á mirar. Ya no estaba.
En el sitio que ocupaba
quedó un objeto.
(Sacando un ramo de violetas marchitas.)
Héle aquí.
Aun mis miradas inquietas
la buscaron; todo en vano;
sólo estrechaba mi mano
este ramo de violetas.
Marchito por el dolor
de amargos suspiros va.
Él mi redencion será;
símbolo de eterno amor!
Qué es la memoria querida
de un bien que lloro perdido!
El recuerdo bendecido
de mi padre de mi vida!

Ignacio se lleva el ramo á los labios con emocion. Tomasa permanece inmóvil y sobrecogida. Ángel y María, seguidos de D. Facundo, contemplan desde la puerta del foro la actitud de ambos; llegando despues á ellos con la palabra.)

TOM. (La dicha con él me da:
debiera aceptarla yo.)

IGNACIO. (Serena y fria me oyó;
nada puedo esperar ya!)
No puedo con tal desvío;
no tengo tanto poder.
Dulce jugo de mi ser,
adios para siempre!
(Va á arrojar el ramo.)

ESCENA XIII.

MARIA, TOMASA, IGNACIO, ÁNGEL y D. FACUNDO.

ANGEL. (Sujetándole el brazo.) Impío!
No espere perdon de mí,
ni pida amor el cuitado
que se atreve tan sagrado
recuerdo á arrojar de sí.
Este ramo es el amor
bendito de un padre anciano,
y está mal en esa mano;
en la mia está mejor. (Se le quita.)
Usted le dió sitio, allí (Á Tomasa.)
donde todo mal se calma:
él nos trae la paz al alma!
Recóbrele usted por mí.

TOM. En otra mano ha de estar
mejor que en la mano mia.

ANGEL. ¿En cuál?

TOM. En la de María:
que ella le supo esperar.

MARIA. Ves como no esperé en vano?

TOM. Tuyo es. (Se lo da.)

MARIA. ¿Qué más galardon,
si me dice el corazon
que con él mi perdon gano!

IGNACIO. Ángel! (Profundamente abatido.)
ANGEL. Quizá á tu poder
volverá prenda tan alta;
más que la merezcas falta.
IGNACIO. Yo la sabré merecer.
lo anhelo! lo necesito!
¿Merecerá esta fe mia (Á Tomasa.)
reconquistarla algun dia?
TOM. ¿Pues no ve usted que la admito?
IGNACIO. Ya entré yo en la buena senda.
ANGEL. Sigue en ella.
TOM. (Á María.) Dame albricias!
MARIA. Y mi gozo! y mis caricias!
FAC. (Tirando del vestido á María.)
Haga usted que yo comprenda...
MARIA. Se casa.
FAC. Ya! Eso denota...
MARIA. (Con acento misterioso.)
Es que enamorada está
de las violetas!
FAC. Yaá...
(Pues no comprendo una jota!)
IGNACIO. Amor, familia, amistad,
lazo de eterna ventura,
sin él no hay dicha segura,
no hay bien, no hay felicidad.

FIN.

enicienta.
almadreno.
vicio.
de viento.
Correlargo.
o.
egimiento.
ni mujer.
s.
res.
Rey René.
s.
Murillo.
de Catana.
ta.
la vida.
aran.
piloto.
el campamento, ó
frica.
os de la niebla.
matrimonio.
Sabel.
gallo.
encia.
naja.
ada.
(refundida.)
obrina.
no.
ta
18.
ta de pájaro.
ojuelas.
Polonia.
Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena
Tod unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjur acion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en cusrte.
Una leccion reservada.
Un marido s ustuto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ledoro
uena ley.
co.
chilladas
Gitana.
rte.
a.
o.
nita.
o, ó el Alcalde pro-
una ópera.
la maja.
hortelano.
n Marruecos.
l ratonera.
carnaval.
ama lírico.)
de la Rioja *(Música.)*
te Letorieres.
escape.
español.
liz.
anco.
ono.
elo de un pollo
Valdemoro.
no... ¡animal!
calle Mayor.
el oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mundo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del peseador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo
Peluquere y marqués
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	I. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
	J. Génova.
Bejar.	E. Delmas.
Bilbao.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Búrgos.	B. Montoya.
Cabra.	H. E. Perez.
Cáceres.	Verdugo y Compañía.
Cádiz.	F. Molina.
Calatayud.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Canarias.	J. M. Eguiluz.
	E. Torres.
Carmona.	A. Mellado y Orcajada.
Carolina.	J. M. de Soto.
Cartagena.	L. Ocharán.
Castellon.	M. Garcia de la Torre.
Castrourdiales.	P. Acosta.
Ceuta.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Ciudad-Real.	J. Lago.
Córdoba.	M. Mariana.
	J. Gluli.
Coruña.	N. Taxonera.
Cuenca.	M. Alegret.
Ecija.	F. Dorca.
Ferrol.	Crespo y Cruz.
Figueras.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Gerona.	R. Oñana.
Gijon.	N. Ceballos.
Granada.	P. Quintana.
	J. P. Osorno.
Guadalajara	R. Guillen.
Habana.	R. Martinez.
Haro.	J. Perez Fluixá.
Huelva.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Huesca.	Minon Hermano.
Irun.	J. Sol é hijo.
Játiva.	J. Orellana y Sanchez.
Jerez.	P. Brieba.
Leon.	A. Gomez.
Lérida.	
Linares.	
Logroño	
Lorca.	

Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vincent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	I. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Santúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodri
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin Comp. y V. de Hered

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, ca de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, ca del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.